# LA AFIRMACION DE LA IDENTIDAD CULTURAL PERUANA EN EL INCA GARCILASO DE LA VEGA Y RICARDO PALMA

Hispanoamérica es un sociedad nueva y peculiar, de fuerte personalidad, muy diferente de la española o de cualquier otra, equilibrada entre dos fuerzas, la nacionalista y la americanista: es una realidad social que, como tal, tiene su literatura propia conformada de acuerdo con su personalidad. La lengua común, no es, como fuera para don Marcelino Menéndez Pelayo, el único determinante de la existencia de *una* literatura esquema que, según el crítico español, concebía a las literaturas de las repúblicas de este hemisferio como simples capítulos de la literatura de la antigua metrópoli. A estas alturas del siglo XX existe una concepción mucho más real que juzga a la literatura como lo que en realidad es, no un conjunto de obras ligadas únicamente por el factor idiomático sino el complejo resultado de un proceso histórico y social, de un medio físico y de una serie de factores raciales y culturales que entran en la composición de la obra literaria como la expresión del modo de ser y la forma de vida de los pueblos y no como mera cuestión formal.

Hay, pues, un estilo americano, único y diferenciador, una manera de pensar, de sentir, de vivir que se refleja en un peculiar modo de concebir la obra de arte. El poder de síntesis, de abarcar en grandes trozos enormes panoramas o en-

capsular en una frase concisa una gran cantidad de ideas es otro de los caracteres observado en los grandes y más representativos escritores hispanoamericanos. Federico de Onís ya había notado esta característica hace años al apuntar:

> Una de las notas más constantes de la poesía y de la literatura general americana es el hecho repetido a través de toda la historia de la convivencia de tendencias y escuelas que en Europa son cronológicamente sucesivas y que en el mismo tiempo serían incompasibles. Esta perduración del pasado en el presente, este proceso de la integración y enchufe vertical de las varias formas de la cultura que las mantiene todas vivas y presentes, es, creo yo, un carácter propio del espíritu americano que se manifiesta no sólo en la convivencia dentro de cada época de autores que representan las más diversas tendencias literarias, sino en la armonía y síntesis de todas ellas en ciertos autores que son por ello los de máximo valor y originalidad.[1]

Ejemplo singular de ello es la figura del Inca Garcilaso de la Vega, el «primer criollo» como le llama Luis Alberto Sánchez que logra no sólo ser uno de los más grandes prosistas de su época en habla española, sino el primer escritor hispanoamericano de talla universal. No es este el momento de analizar su obra, por todos conocida. Se trata simplemente de destacar su aportación y poner de relieve esa veta que ha de ser rica en la literatura peruana: la de la añoranza del pasado, de su esplendor y belleza, de su poesía y de su sentimiento de honda peruanidad, lo mismo sea en relación con el viejo Incanato, caso del Inca, que con respecto al apogeo virreinal, vibrante de tradiciones y de leyes, que contará Palma en sus *Tradiciones peruanas*, saturadas de poesía, de la nostalgia, de evocación poética del recuerdo de tiempos idos, como los *Comentarios*.

En cuanto al Inca, señala el profesor Enrique Pupo-Wal-

---

[1] Federico de Onís, *La poesía iberoamericana* en *España en América* (Universidad de Puerto Rico, 1959), 155.

ker en su reciente libro, *Historia, creación* y *profecía en los Textos del Inca Garcilaso de la Vega:*

> El discurso de Garcilaso no sólo describe una realidad histórica —según él la concibió— sino que además pretende simbolizarla en toda su plenitud. Es por ello precisamente que su enunciado pasa a ser un plano constitutivo del espacio cultural americano... El discurso del Inca ilustra, como pocos en América, ese sentido contradictorio y violento de un lenguaje que incesantemente lucha consigo mismo y que a la vez intenta ser la representación de un espacio cultural diferenciado... La suya, como la de otros grandes prosistas americanos, es la escritura que se consagra conflictivamente en la asimilación y el rechazo de su precedentes. Pero sus palabras aparecen además nutridas por dolorosos silencios y vacíos; sin embargo habrá de sobreponerse a sus propias vicisitudes para denunciar con vehemencia la explotación y el vasallaje que sufría el hombre americano. Por esa y otras razones sus libros no sólo redimen el pasado, sino que además ocupan el futuro con inusitada certidumbre. No es difícil explicarse entonces el sentido profético y la vigencia que hoy tienen sus escritos en el pensamiento y la expresión literaria de América.[2]

Lo americano está en el escritor, en la materia y en el sentimiento. Los *Comentarios Reales* es un libro todo él transido de la más pura emoción americanista. Lo americano está en su alma mestiza y constituye una realidad humana y cultural. El Inca es el más profundod defensor de un modo de ser distinot. Le interesa la naturaleza, las costumbres, las artes, la historia pero le interesa también el hombre de América porque él es un americano con toda la agobiante tragedia de la raza, la sensibilidad y la cultura mestiza.

La identidad cultural peruana se refleja igualmente en las *Tradiciones* de Ricardo Palma. Mucho se ha escrito sobre este insigne peruano. Palma para huir del hoy deplorable, se sumerge en el ayer glorioso. Para no llorar, ríe, con esa peculiar

---

[2] Enrique Pupo-Walker, *Historia, Creación* y *Profecía en los Textos del Inca Garcilaso de la Vega* (Madrid: Ediciones José Porrua Turanzas, 1982), 197.

manera de reir limeña, que es un poco aguda y a la vez nostálgica; incisiva y leve a un tiempo, mordaz y regocijada al unísono. Palma se burla finalmente de todo y sintetiza en singular y acertada fusión los elementos populares españoles con los americanos. Es un escritor americano que convierte su obra en un espejo limpio del Nuevo Mundo, que no es calco del Viejo sino expresión muy sui géneris de un espíritu nuevo. El limeñismo de Palma, que él encarna como nadie con su natural gracejo, es americanismo de la mejor cepa. El mismo nos define la vertiente americana de su obra al declarar que sus *Tradiciones son* «piedrecillas históricas con las que hay que contar para levantar el edificio de la americanidad».

Escritor «a pie» que ha caminado todas las calles de la ciudad contando amorosamente sus piedras y buscándoles su origen, «ávido pasajero curioso de las cosas», moja su ingeniosa pluma en las aguas del Rimac y los demás ríos y arroyuelos que corren por la región, hasta empaparse, calarse hasta los huesos de la sustancia espiritual de su pueblo, y por ende de América, y en prosa fresca retozona, clara y cantarina, como las aguas de las corrientes, nos entrega el alma palpitante de su pueblo.

Pensando en lo que dijo Goethe que la poesía es más verdad que la historia, Palma representa en la República lo que fue el Virreinato, así como el Inca Garcilaso representó en la Conquista lo que fue el Incario. Por eso destacan su valor único y paralelo en la historia de América los *Comentarios Reales* y las *Tradiciones Peruanas*.[3] El género culmina en Palma como el ensayo político de la Independencia culmina en Bolivar.

Quisiera concluir estas observaciones sobre Palma leyendo los versos de otro peruano, el poeta José Gálvez, que describen así a su compatriota:

> Con su varita mágica despertó del pasado
> oidores y virreyes, tapadas y guerreros,

[3] Anita Arroyo, *América en su literatura* (Universidad de Puerto Rico, editorial universitaria, 1967), 567.

dando vida a la muerte sus manos milagrosas
abrió a nuestras miradas un inmenso Dorado,
nuestro sombrío cielo tachonó de Luceros,
y añadió a la corona de Lima una de rosas...
Curvado por la gloria, paseó en esta avenida
aquel patriarca mago su ancianidad gloriosa,
aquel que a nuestra historia diera vida con su alma;
y aunque los tiempos pasen y cambie nuestra vida
ha de triunfar perenne, como enseña airosa
el nombre evocativo de don Ricardo Palma.[4]

El afán de ser originales y de dar con una fórmula, un estilo personal, caracteriza la expresión hispanoamericana. La historia de las letras de este continente, desde su origen, ha sido un forcejeo por encontrar una forma de expresión original. En Palma puede ser que a veces refleje una nostalgia por el pasado. Y es que, efectivamente, hay en América una especie de melancolía profunda. Arranca desde los tiempos más remotos y la personifica literariamente el Inca Garcilaso de la Vega cuando repite en tono elegíaco, «trocósenos el reinar en vasallaje»,[5] la siente agudamente el romántico Heredia, el eterno desterrado; tiñe sutilmente, con todo y ser festiva casi siempre la prosa del propio Palma; la canta Julián del Casal; la siente hasta conducirle al suicidio el colombiano José Asunción Silva; no está ausente en parte de la producción de Darío...; en fin, podríamos enumerar a infinidad de escritores nostálgicos como Zenea, López Velarde y muchos más. Porque no es la «saudade» portuguesa; ni la «morriña» gallega; ni el ensueño y la tristeza de un Byron o de un Heine; no es la melancolía ni la tristeza de los románticos ...Es una nostalgia que mira a la vez al pasado, como la del Inca y los indios mexicanos y peruanos y al futuro, un mejor destino para el hombre americano, todavía por cumplir.

Originalidad, nostalgia y otra característica que habría que añadir, deseo de superación. De hecho, la literatura del llamado «boom» en la novelística histoamericana parece ser

[4] Ibíd., 157.
[5] Ibíd., 566.

prueba de esto último. Vista en su conjunto, es una producción que rebasa las fronteras racionales muy lejos ya del costumbrismo, romanticismo y realismo y adquiere por lo tanto un talante universal. Sin embargo, estos nuevos autores, conscientes de la falta de unidad política de Hispanoamérica, comparten un claro sentimiento de solidaridad americana por encima de sus propias convicciones políticas no siempre coincidentes. En este contexto, nos recuerdan aquellas palabras de Hostos que dijera: «Yo no tengo patria en el pedazo de tierra en que nació mi cuerpo; pero mi alma se ha hecho de todo el continente americano, una patria intelectual que amo más cuanto más la conozco y compadezco». Este deseo de Hostos lo manifiesta con otras palabras Octavio Paz al declarar allá por 1966:

> Lo que llamamos tradiciones nacionales son, casi siempre, versiones, adaptaciones de estilos que fueron universales. La poesía de los mexicanos es parte de una tradición más vasta: la de la poesía de lengua castellana escrita en Hispanoamérica en la época moderna. Esta tradición no es la misma que la de España... No hay una poesía argentina, mexicana o venezolana: hay una poesía hispanoamericana o, más exactamente, una tradición y un estilo hispanoamericanos. Las historias nacionales de nuestra literatura son tan artificiales como nuestras fronteras políticas... Ahora bien, lo que separaron los caudillos, ¿no lo unirá la poesía?[6]

Ojalá, decimos, mas a sabiendas que es una quimera irrealizable. Lo que sí es cierto es que se mantiene entre estos países un mismo espíritu común, una común forma de expresión universal que los caracteriza, los individualiza como cultura americana, por lo menos, como modo de expresión original. De lo nacional se ha ido progresando hacia lo universal. Partiendo de las raíces de cada pueblo, se ha llegado a cuajar un fruto americano. Se ha arribado a lo que hace muchos años Rojas denominaba *Eurindia,* «La cultura propia de América definitivamente individualizada como cosa distinta de lo europeo originario y de lo indígena primitivo».

---

[6] Octavio Paz, *Poesía en movimiento* (México: Siglo XXI, 1966), 4.

Alfonso Reyes opinaba que no existía una cultura americana, como tal, original, inédita, pero, en cambio, afirma que sí existe una «inteligencia» americana, una «visión de la vida» y una «acción de la vida» americanas. La afirmación de que poseemos en Hispanoamérica una «mundividencia» propia conlleva la de que existe un estilo americano, estilo de pensar, de sentir, de vivir que se refleja en un peculiar modo de concebir las obras de arte, en un estilo artístico. Este se perfila claramente a nivel semántico en los escritores hispanoamericanos. Tenemos que remitirnos una vez más a las agudas observaciones de Octavio Paz en este sentido:

> Los escritores hispanoamericanos han cambiado el castellano, y ese cambio es, precisamente, la literatura hispanoamericana. A propósito de los cambios del idioma castellano y de las relaciones de nuestros escritores con su lengua, a un tiempo violentas y apasionadas, como todas las relaciones profundas, se han escrito algunas exageraciones brillantes. Los hispanoamericanos, se ha dicho, hablamos una lengua que no es nuestra y que sólo podemos poseer a través de la violencia. Cada obra genuinamente hispanoamericana es un acto de conquista pasional, un misterio entre lo religioso y erótico en que el escritor sacrifica a las palabras europeas en el altar de la autenticidad americana.

Más adelante concluye señalando:

> En el seno de cada literatura hay un diálogo continuo hecho de oposiciones, separaciones, bifurcaciones. La literatura es un tejido de afirmaciones, negaciones, dudas e interrogaciones. La literatura hispanoamericana no es un mero conjunto de obras, sino las relaciones entre esas obras. Cada una de ellas es una respuesta, declarada o tácita, a otra obra escrita por un predecesor, un contemporáneo o un imaginario descendiente.[7]

Tanto el Inca Garcilaso de la Vega como Ricardo Palma ilustran en sus respectivas obras estas características que apunta Octavio Paz.

---

[7] Ibíd., en «Alrededores de la literatura hispanoamericana», *Vuelta*, núm. 5, I (1977), 21.

Finalmente, quisiéramos incluir una última cita que resume sintéticamente la aportación del Perú a su propia identidad cultural. El arquitecto Fernando Belaunde Terry, ex-Presidente del Perú y fino comentarista de la cultura de su país, declaraba en 1965 en su libro *Peruanidad:*

> Echando una mirada de conjunto a nuestra evolución cultural republicana alguien afirmará que nuestra producción intelectual no ha tenido ni la vigorosa organización ni el fuerte sentido de continuidad ni el volumen con que aparece en otros países de América hispana, sobre todo en Méjico, Argentina, Brasil y Chile... Nos halaga pensar que, continuando con la tradición virreinal que produjo *Los Comentarios* del Inca Garcilaso y las páginas de Pedro Peralta, en la República tengan valor de cumbres americanas la ternura de Melgar y la sonrisa de Palma, el vigoroso pensamiento de Herrera y las intuiciones de Castilla, los apóstrofes de González Prada y las sentencias de Piérola, los ritmos resonantes de Chocano y la sabiduría rotunda de Riva-Agüero, la visión alada de García Calderón y el ensueño infantil y arcaico de Eguren, el ansia torturada de Vallejo y la emoción panteísta de la tierra peruana de Ciro Alegría.[8]

A estos nombres que enumera Belaunde Terry habría que añadir los de la época contemporánea desde Arguedas hasta Vargas Llosa.

En suma: el Inca y Palma son dos excelentes representantes no sólo de la literatura peruana sino también del conjunto de lo que constituye la cultura hispanoamericana. Su originalidad, nostalgia por el pasado y afán de superación constituyen dos importantes jalones en el irresistible afianzamiento de la identidad cultural de Hispanoamérica en su literatura.

CARLOS GARCÍA BARRÓN
University of California,
Santa Bárbara

---

[8] Fernando Belaunde Terry, *Peruanidad,* tercera edición (Lima: Studium, 1965), 400-401.